

los que atiendan al fondo, no podrán menos de admirar altamente sus progresos con relación á los jurisperitos clásicos (63). Justiniano no debía tratar la mohosa originalidad romana y los sistemas que no correspondían ya á las costumbres de su época con las consideraciones á que tuvo que someterse Constantino; por eso, en lugar de la letra que mata, substituyó el espíritu que vivifica; sacó de los jurisperitos clásicos cuanto le pareció de derecho cosmopolítico y rechazó lo que era puramente romano, no vacilando en alterar sus textos para emancipar las leyes de una tutela retrógrada. Además, las leyes propiamente suyas, en especial las del código, son así en el fondo como en la forma superiores á los edictos y á las novelas del Teodosiano; y siempre acercó el derecho al tipo sencillo y puro del cristianismo, mostrándose en esta delicada tarea aun más teólogo que jurisperito.

(63) Troplong dice: «El derecho romano fué mejor en la edad cristiana que en las antecedentes y el afirmar lo contrario, es una paradoja ó una mala inteligencia; pero es inferior á las legislaciones modernas, las cuales nacieron á la sombra del cristianismo, y se penetraron mejor de su espíritu.»

Gaudencio Paganini, en 1638, se burló amargamente de Justiniano por haber abolido las leyes de agnación, mostrándose favorable al derecho de las mujeres: sacrificio hecho á las ideas paganas, que hubieran querido resucitar en los siglos cristianos las preocupaciones de Catón, el privilegio contra el derecho común.

L'Hopital, con el deseo de alejar á los franceses de la legislación romana y atraerlos á las costumbres patrias, encargó á Francisco Hotman que escribiese el *Anti-Triboniano* ó *Discurso sobre el estudio de las leyes*; y estimulado también él por el odio á Cuyacio, ataca no solo la legislación de Justiniano, sino toda la romana, desplegando una agudeza y un atrevimiento á veces felices, pero siempre parciales.

Sin embargo, el derecho había hecho ya esfuerzos para separarse del elemento religioso y aristocrático, y vivir con una existencia independiente; lo cual disminuyó el influjo del cristianismo, que tuvo que trabajar más á fin de dominarlo (64). En la época de los emperadores, tanto los teólogos como los juristas se ocuparon en aliviar al mundo oprimido, aunque por distintas sendas. Desde entonces se hallaron en contacto el derecho civil y el canónico; y por último Leon el Filósofo los unió en sus *Basilicas*; pero el triunfo de la equidad solo se ha completado en las edades modernas.

Sin embargo, también ha perjudicado á estos la admiración de lo pasado; pues, si bien el haber renovado en Europa el estudio del cuerpo del derecho de Justiniano ofreció felicísimas ideas de orden y de administración, dañó á la posteridad la adoración tributada á todo lo que aquel emperador había recopilado, tanto de la sabiduría como de la imbecilidad y ferocidad de sus predecesores; los príncipes se apoyaron en aquella legislación para cometer sus usurpaciones de las franquicias introducidas por las razas germánicas, el feudalismo y las municipalidades; tornóse á predicar la omnipotencia pagana del monarca, y los progresos de la razón humana fueron detenidos por la pretensión de gobernar el mundo con las leyes que contaban tantos siglos de antigüedad y que pertenecían á una sociedad y á una religión enteramente distintas.

(64) Esto concilia no solo la voluntaria ceguera de Gibbon, sino también la admiración que Hugo muestra de que no hubiese el cristianismo ejercido mayor influjo en el derecho romano, y la confesión de Montesquieu cuando dice que «el cristianismo imprimió su carácter á la jurisprudencia, porque el Imperio tuvo siempre relación con el sacerdocio.»

## CAPÍTULO V

### DESDE JUSTINO II HASTA HERACLIO I.

**Justino II.**—Justiniano no dejaba hijos. Justino, hijo de su hermana Vigilania, á quien había señalado para sucederle, fué proclamado al punto por aquella turba servil que usurpaba el nombre de Senado (565). En la misma mañana en que supo el pueblo sin pesadumbre la muerte del anciano monarca, aplaudió la pompa en medio de la cual el nuevo emperador, vestido con una túnica blanca y un manto de púrpura, calzado con borceguies encarnados, dejó que un tribuno le echara al cuello el collar militar, y ciñera el patriarca la diadema á sus sienes. A su llegada al hipódromo le prodigaron aclamaciones praxinos y venetos, anhelantes de conciliarse sus favores: satisfizo algunas deudas contraídas por su tío; y generoso en palabras, como lo es siempre el que inaugura un reinado, prometió conservar lo que había hecho de bueno y reparar los males que había causado el emperador precedente. Además anunció la intención de tomar á principio del año la dignidad de cónsul, que sentían estremadamente los ciudadanos ver abolida, porque esto les privaba de las acostumbradas liberalidades.

Pronto llegaron diputados de los ávares (566), quienes, privados aun de residencia fija, cuando tantos pueblos habían encontrado una, venían á intimar á Justino que aceptara y pagara su alianza. Recibióles Justino con un aparato propio para infundir respeto á gentes bárbaras, y después de haber oído alabar el poder de su nación y la clemencia del Kacan, les respondió con altivez que hacía tan poco caso de su enemistad como de su auxilio (1).

Poco después (568), Disabul, kan de los turcos,

comisionó también cerca de su persona para contraer una alianza defensiva contra los persas y establecer relaciones de comercio.

Estas pompas y embajadas podían hacer pensar á algunos en los tiempos de Augusto, pero no remediaban la estremada debilidad del imperio y de su jefe, quien, entregado al deleite, dejaba que el enemigo le arrebatase provincias, y á sus ministros dilapidar las que le quedaban. Era gobernado por su mujer Sofía, sobrina de Teodora, no menos intrigante que su tía, si bien no tan impúdica, vana, recelosa y cruel, cuyos consejos le sugerían desafueros. Probablemente fué ella quien impulsó á Justino á que mandase asesinar á uno de sus parientes, cuyo único crimen era ser querido del pueblo de Alejandria. Insultando á Narsés, fué causa de la pérdida de la Italia que los longobardos arrebataron definitivamente al imperio griego.

**Tiberio II.**—Habiéndole privado una enfermedad del uso de sus piernas, trató Justino de darse un sucesor, y sin consideración á sus parientes, fijó su elección en un tracio llamado Tiberio, quien, de maestro de escribir, llegó á ser capitán de guardias. Le dijo al entregar la autoridad en sus manos: «Si consientes en ello, viviré; moriré, si es tu voluntad. ¡Ojalá que el Dios del cielo y de la tierra inspire á tu corazón lo que yo he olvidado ó descuidado!» Sobrevivió cuatro años después de esta especie de abdicación, y á su muerte fué proclamado emperador Tiberio (578).

Favoreciendo Sofía esta elección, había tal vez esperado la mano del nuevo monarca; así cuando declaró augusta á Anastasia, á la que le unía un matrimonio secreto, fué tan grande el despecho de Sofía que trató de destronarle, pero fué descubierta la maquinación y se contentó el generoso emperador con apoderarse de sus tesoros y de las munificencias imperiales. Como príncipe excelente

(1) Deben añadirse también á los historiadores precedentes CORIPPO, *De laud Justini*, lib. IV.

nia la afabilidad á la devoción, y á un juicio recto la habilidad, ó al menos la fortuna en la guerra. Dió prueba de ello contra los persas. Socorria con benevolencia los infortunios de sus súbditos, rescató multitud de prisioneros y los alimentó hasta restituirlos á sus familias; triunfo es este ignorado de los antiguos césares. De esta manera fué como pareció corto su reinado de cuatro años.

**Mauricio.**—Así como el había recibido la diadema por elección de su predecesor, la transmitió á Mauricio (582), descendiente de una antigua familia romana y nacido en Arabiso de Capadocia: este era un hombre no menos famoso por su piedad que por su valor, del que había dado pruebas en su juventud. Tenía cerca de cuarenta y tres años cuando ascendió al trono, en el que se sostuvo veinte. Aunque su valor degenerase á veces en arrogancia, su justicia en crueldad y su economía en mezquindad, mereció ser contado entre los príncipes que, además de desear el bien de sus súbditos, poseen juicio y valor para conocerlo y promoverlo.

El emperador Justino II había admitido en el número de sus súbditos á los persarmenios, quienes, molestados por la intolerancia religiosa de los magos, se habrían sustraído al yugo de los Sasánidas (569) (2). Habíase quejado de ello Cosroes como de una violación de la tregua; pero Justino había respondido que él no podía negar su apoyo á un pueblo valiente, perseguido y que profesaba la misma religión que él. Por otra parte, Cosroes que aspiraba á la conquista del Yemen, había rechazado allende el mar Rojo á los abisinios, y dado por gobernador al país un descendiente de los antiguos Imiaritas. Declarándose entonces Justino vengador del negus abisinio, aliado suyo y además cristiano, negó el tributo que pagaba á la Persia. En consecuencia Cosroes reunió un ejército, y demostrando que sus ochenta años no habían disminuido su valor, rechazó de Nisibe á los griegos y á sus aliados, tanto etíopes como turcos (572). Su general Artaban, pasó el Éufrates y se adelantó contra Antioquia, pero no habiendo podido apoderarse de ella, atacó y destruyó á Heraclea y á Apamea; incorporándose posteriormente á su soberano, le ayudó á tomar á Dara, baluarte del imperio.

Justino quedó aterrado con este triunfo; y Tiberio, en quien había resignado el gobierno, imploró y obtuvo una tregua de tres años (575). Aprovechóse de ella para reunir más fuerzas, cuya importancia aumentó la fama. Resolvió, pues, Cosroes adelantarse; y entró en Persarmenia, que se proponía recobrar, marchando después sobre la Capadocia. Pero Justiniano, hijo de Germano, que mandaba á los imperiales, le derrotó cerca de Melitena (578), se adelantó hasta las orillas del mar Caspio, hizo pasar de la Hircania á Chipre setenta

mil prisioneros y se acercó á la capital de Persia.

**Muerte de Cosroes.**—Afligido con aquellas derrotas que empañaban el brillo de su gloria cuando ya no era tiempo de remediarlo, murió Cosroes después de un reinado de cuarenta y ocho años (abril de 579). Los escritores orientales que le han bosquejado como tipo de los reyes y de los héroes, dicen que terminó sus días en el colmo de la gloria, después de haber dado á su hijo estas instrucciones: «Yo, Nuschirvan, señor de la Persia y de las Indias, dirijo mi última voluntad á mi hijo Ormuz para que pueda servirle de antorcha en los días oscuros, de sendero en el desierto y de estrella polar en los tempestuosos mares. Cuando mis ojos, ya incapaces de sostener la luz del sol, se cierran para no ver más la luz del día, quiero que él ocupe mi trono, y que su esplendor iguale el del astro glorioso; pero en medio de su grandeza recuerde que los reyes se han establecido para el bien de sus súbditos, y para ser con respeto á ellos lo que el cielo es para la tierra. ¿Cómo podría ser fecunda la tierra sin ser regada y sin que el cielo la mirase con amor? Hijo mío, esperemente todo el pueblo tu bondad, primero aquellos que se encuentren cerca de tí, y después los otros hasta los más separados. Si me atreviese, te propondría mi ejemplo; pero mejor será proponerte el ejemplo que yo mismo me he propuesto. ¿Ves el sol? A veces se oculta á nuestras miradas, pero consiste en que como bienhechor de todo el universo, debe su luz á todos los pueblos. No pongas el pie en una provincia sino para hacer bien á sus habitantes, y no salgas sino para hacer el bien de otras. Deben castigarse los perversos; el sol de la magestad se encuentra eclipsado con ellos. Los buenos merecen que se les anime, y deben ser iluminados por los rayos de la mañana. Así como el sol cumple con todos los fines para los cuales ha sido creado, obra tú siempre de la misma manera como rey, si deseas ser respetado como tal. Implora de continuo, hijo mío, el socorro del cielo, pero siempre con un corazón puro. ¿Acaso entran tus perros en el templo? De esta manera tus oraciones serán oídas, y tus enemigos te temerán; tendrás amigos fieles, serás la delicia de tus súbditos, y ellos serán la tuya. Haz justicia, reprime á los audaces, consueta á los desgraciados, ama á tus hijos, protege las bellas letras y escucha á los ancianos; no dejes que los jóvenes se mezclen en los asuntos públicos, y el bien de tu pueblo sea el único objeto de tus pensamientos. Adios, te dejo un gran reino que conservarás siguiendo mis consejos, pero lo perderás si los desoyes (3).»

**Hormisdas III.**—Habiendo Ormuz III (6 IV) ascendido al trono (579), se entregó en manos del sabio Buzurg-Nuhir, que por espacio de tres años le dirigió como un padre y obtuvo de él la docilidad

(3) D. HERBELOT, *Modain Nuschirvan*; MIRKOND; LEETARIKH...

(2) EVAGRIO, V, 7, 13; CEDRENO, III, 18; MENANDRO, 16.

y el respeto de un hijo. Pero tan pronto como su avanzada edad le precisó á abandonar los negocios, el joven príncipe, entregado á sus pasiones y á los que las fomentaban, dejó el reino presa de la rapacidad é injusticia de los sátrapas. Hijo degenerado del gran Nuschirvan disgustó á las tropas por su avaricia, así como al pueblo y á los grandes por haber sacrificado trece mil víctimas á la sospecha de que sus crueldades habían podido causar el odio, y éste producir las rebeliones. En efecto, Babilonia, Susa y la Caramania se sublevaron en masa; los príncipes de Arabia, de la Escitia y de la India, negaron los tributos, y el Gran Kan invadió las provincias orientales con más de cien mil turcos.

Descendiente Vaaram de los antiguos príncipes de Rage y de una de las siete familias que después de Dario ocupaban el primer lugar en Persia, había debido á su valor el mando del ejército, el gobierno de la Media y la superintendencia de palacio. Cuando toda la corte temblaba, solo él manifestó denuedo; y reanimando las supersticiones populares, guió tropas poco numerosas contra las inmensas hordas de los turcos, derrotándolas á la entrada de la Media. Habiéndose dirigido después contra los romanos, que se adelantaban hacia el Araxes bajo las órdenes de Mauricio, futuro emperador, envió orgulosamente á desafiarle concediéndole la elección del día y del lugar en que esperaba se diese la batalla. Eligió Mauricio la posición que juzgó más favorable y Vaaram fué vencido. Ormuz que había visto con envidia y recelo las victorias de aquel general, le insultó cuando fué vencido; le remitió una rúeca y unos vestidos de mujer, intimándole que se mostrara de esta manera á las miradas del ejército.

**Cosroes II.**—Lavóse la afrenta por la rebeldía: un grito de indignación cundió por toda la Persia, que la escitaba á librarse de aquel vil tirano; y habiéndose escapado Bindoe, príncipe Sasánida de la prision en que había sido encarcelado hasta entonces, metió en ella á Ormuz, colocando en el trono á Cosroes-Parviz, primogénito de este príncipe (590) con la esperanza de reinar en su nombre. Hizo comparecer entonces á Ormuz ante los nobles y los sátrapas, con el fin de que se justificase de sus desafueros (acto judicial desconocido hasta entonces en Oriente); pero habiendo osado el príncipe tratar á Cosroes de rebelde y pedido que fuera sustituido por su segundo hijo, fué éste condenado á muerte; sufriendo el mismo Ormuz el castigo de que le sacasen los ojos y confirmándose de este modo la elección de Cosroes.

Trató el nuevo rey de aliviar la desgraciada suerte de su padre, soportando su cólera y sus injurias; quiso asimismo atraerse á Vaaram, ofreciéndole la segunda dignidad del reino; pero irritado este general de que se hubiese llevado á efecto una revolución sin su ayuda ni la de su ejército, le envió por respuesta una carta en la que, dándose el título de sátrapa de los sátrapas, general de los

ejércitos persas, conquistador de los hombres, amigo de los dioses, enemigo de los tiranos y príncipe adornado con once virtudes, le intimaba si quería evitar la suerte de su padre, á que fueran de nuevo encadenados los traidores, que depusiera una diadema que había usurpado, y por último que aceptase con el perdón el gobierno de una provincia. Hubo, pues, que recurrir á las armas; pero los partidarios de Cosroes se sobrecogieron de espanto ante los veteranos de Vaaram, sublevándose los sátrapas contra aquel á quien acababan de elevar al trono. Vióse Cosroes reducido á emprender la fuga, pero no antes de que Ormuz fuera degollado por Bindoe.

Habiendo ganado el Éufrates con sus mujeres y seguido de un corto número de guardias, pidió hospitalidad á Mauricio, quien, lisongeadó de ver al nieto del gran Nuschirvan demandar su apoyo, le acogió con todos los miramientos posibles y le envió de nuevo con un numeroso ejército á las órdenes del intrépido Narsés. Ya se había arrepentido la Persia de haber preferido un rebelde á la sangre de los Sasánidas, y los magos habían rehusado consagrar á Vaaram; siguiéndose á esto que las turbulencias y conjuraciones intestinas favorecieron la expedición de los romanos, quienes colocaron de nuevo al nieto de Nuschirvan en el trono de Modain (591). Habiéndose refugiado Vaaram con los restos de sus fuerzas al Oriente del Oxo, se hizo aliado de los turcos con el fin de inquietar aún á la Persia; pero no tardó en morir envenenado ó de vergüenza de haber fracasado en sus proyectos.

Una vez restablecido Cosroes en el trono, no tuvo la generosidad ó el valor de perdonar: corrió la sangre de los partidarios de Vaaram y del regicida Bindoe, disminuyendo y contaminando la alegría de las fiestas.

En tanto que reinó Mauricio, mantúvose la buena inteligencia entre Bizancio y la Persia, que le devolvió á Martirópolis y Dara. Volvieron de nuevo los persarmenios á la obediencia de los Sasánidas, con gran promesa de no ser más inquietados en su fe; mostrando Cosroes tan gran respeto hacia los obispos de la Siria, que corrió la voz de que se había hecho cristiano por complacer á su mujer Sira (*Schirin*), griega bautizada.

**Los ávares.**—No eran tan afortunadas las armas de Mauricio en Occidente (4). En vano le pidieron

(4) Filípico, general y cuñado del emperador Mauricio, en el momento de entrar en batalla, se puso á llorar pensando en los que iban á perecer. Montesquieu, que refiere este hecho, añade: «Cuán diferentes eran las lágrimas de aquellos árabes que lloraban de dolor porque su general había concluido una tregua que les impedía derramar la sangre cristiana! Muy diferentes sin duda, aunque las de Filípico eran más laudables. Consistió su yerro en no haber preparado los medios de vencer; pero solo el feroz conquistador es el que en su mente no calcula cuantas vidas son necesarias para apoderarse de una posición, para ganar

socorro los italianos contra los longobardos, pues no pudo impedir que cayera este hermoso país bajo su dominación. Había dejado su partida el campo libre á los ávares, cuya dominación se extendía desde los Alpes hasta el mar Negro. Eran insultados los emperadores de vez en cuando por su kakan Bayano, émulo de Atila en poderío y en soberbia. Decía por ejemplo: «Tengo curiosidad de ver un elefante;» y le enviaba Mauricio uno de los más grandes que producía la India; ó «Quiero una cama de oro» y la mejor que se encontraba en el palacio de Constantinopla servía para el reposo y los deleites del soberano de Sirmio. Tan pronto pedía telas de seda, como vasos de esmerado trabajo, especias y canela, y por último un tributo que fué ascendiendo desde ochenta hasta ciento veinte mil monedas de oro. Mofábase de las embajadas, provocando á los ejércitos, y empleando la astucia y el perjurio, corría jactancioso desde Belgrado hasta los muros de Constantinopla, al mismo tiempo que su autoridad y sus alianzas se extendían hasta el Oder.

Se negó Mauricio á este humillante tributo; pero cuando el enemigo devastó la Tracia, vióse obligado á comprar la paz. Rompióse bien pronto por parte de los ávares, quienes unidos con los gépidos, los eslavos y otras tribus, se echaron de nuevo sobre el imperio amenazando destruirlo. Los habitantes de Constantinopla se sobrecogieron de tal espanto, que ya se aprestaban á huir hacia la playa de Asia. Pero consiguió el emperador reanimar su valor enviando á Prisco al encuentro de los bárbaros. Atacóles cinco veces este general venciendoles otras tantas; y adelatándose después hasta las márgenes del Teis, cogióles gran número de oficiales y soldados, cayendo siete hijos del kakan en sus manos. A pesar de todo ya no existía en el ejército aquella disciplina que hacía formidables á las legiones: habiendo querido Mauricio descontar del sueldo el valor de la armadura, se amotinaron las tropas: tuvo, pues, que renunciar á su proyecto y que perdonar la rebeldía. La debilidad del príncipe hizo que subiera de punto la audacia de los soldados que fué pagada con derrotas. Volviendo el kakan á pasar el Danubio ofreció entregar doce mil prisioneros romanos; pero habiendo rehusado Mauricio aprontar el rescate exigido, ora por avaricia, ora con la intención de castigar á los rebeldes, dió margen á que todos fueran pasados á cuchillo.

**Focas.** Furioso el pueblo con esta noticia se

un fuerte. El día que precedió á la batalla de Lanfeld, el mariscal de Sajonia se hallaba taciturno y preocupado; el doctor Senac, su amigo, habiéndole preguntado el motivo porqué se encontraba así, le estrechó la mano y le repitió estos versos de Andrómaca.

«Piensa, piensa, Cefiso, en aquella cruel noche, que fué noche eterna para todo un pueblo: piensa en los gritos de los vencedores, piensa en los gritos de los moribundos.

entregó á graves insultos contra el emperador, y los soldados concibieron por ello tal resentimiento, que poco tiempo después se sublevaron y adjudicaron el título de augusto á Focas, exarca de los centuriones (602). De esta suerte se renovaba una escena de despotismo militar al cabo de tres siglos.

El pueblo de Constantinopla secundó el movimiento del ejército; entonces, viéndose Mauricio abandonado de todos, se refugió dentro de una iglesia, mientras que Focas, sostenido por el favor de que era objeto, mucho más que por su valentía, entró en la ciudad y allí fué proclamado emperador. En medio de las fiestas celebradas con este motivo estallaron las querellas habituales entre los praxinos y los venetos; y habiendo reprimido Focas el desorden, le gritó el partido que había quedado vencido: «Acuérdate de que vive Mauricio». Esta fué la sentencia de muerte del príncipe. Llevado á Constantinopla repentinamente por orden de Focas fué allí degollado con cinco de sus hijos. Sufrió el último suplicio con el valor de un héroe y la resignación de un cristiano, repitiendo las palabras del profeta: «Tu eres justo, Señor, y justos son tus juicios.» Cuando supo quién era Focas, su competidor, dijo: «Ay de mí! Si es cobarde, será también asesino». El aya de sus hijos quiso salvar á uno de ellos poniendo en su lugar á su propio hijo; pero el mismo Focas puso en noticia del verdugo este generoso fraude. Muchas personas espionaron con refinados suplicios á que precedieron las insultantes formas de un proceso, el delito de ser deudos ó amigos de Mauricio.

Regocijaronse del advenimiento de Focas los italianos, que habían tenido motivo para quejarse de las exacciones cometidas por los ministros de Mauricio. Espuesta fué la estatua de aquel en Roma á la veneración del Senado y del clero, y colocada en el antiguo palacio de los césares entre las de Constantino y Teodosio. Gregorio Magno se felicitaba de que Dios había libertado de aquella larga opresión, deshaciéndose en elogios de Focas y de Leoncia, su mujer; ignorante, ó bien olvidado de que Focas había obtenido el trono por el asesinato, y de qué se mantenía en él por medios bien distintos de los que el encomiaba (5).

Una extraordinaria fealdad, torva mirada, cabellos rojos, espesas cejas que se juntaban una á otra y mejillas desfiguradas por una cicatriz, distinguían al nuevo emperador, que dado al vino y á las mujeres, sanguinario, inexorable, era tan ignorante en literatura como en legislación. No valía mucho más su esposa. De esta suerte aquel reinado, aunque afligido por la peste, la esterilidad y extraordinarios frios, fué todavía más innoble que calamitoso. Focas procuró ganarse la voluntad del

(5) *Benignitatem vestra pietatis ad imperiale fastidium pervenisse gaudemus. Latentur cali et exulset terra, et de vestris benignis actibus universa reipublica populus, nunc usque vehementer affectus, hilarascet.* Ep. 38, XI.

pueblo dándole juegos; pero como en vez de aplausos solo consiguió la expresión del odio y del menosprecio, hizo que los soldados asaltaran á los espectadores: unos fueron heridos, otros arrastrados á calabozos de donde fueron sacados por la amotinada muchedumbre.

Teodosio, hijo de Mauricio se había refugiado en Persia: Focas le llama por medio de un falso mensaje y manda que sea asesinado. Narsés, general del Oriente, se subleva y hace alianza con Cosroes para derrocar al tirano (604). Focas le prodiga los más sagrados juramentos prometándole perdón y dignidades: de este modo le desarma, y apenas le tiene en su poder le hace quemar vivo. Entonces los persas, antes de tornar á su territorio, talan holgadamente la Mesopotamia y la Siria, y Focas les deja por largo tiempo ejercer con osadía sus estragos. Por último se decide á enviar en contra de ellos á Bonoso, conde de Oriente, aunque le vuelve á llamar muy pronto para castigar á Antioquia, donde sublevados los judíos habían asesinado á los cristianos (606) y arrastrado por las calles el cadáver del patriarca Anastasio. Nuevas olas de sangre vengaron la que había sido derramada y fueron espulsados de la ciudad los judíos.

A fin de proporcionarse Focas un apoyo, casa al patricio Crispo, capitán de guardias, con su hija Domicia; pero al poco tiempo le inspira recelos y su suspicacia le induce á tenderle lazos. Este anuda entonces relaciones con la facción de los verdes, hostil á Focas, y con el exarca de Africa, quien, manteniéndose había dos años en estado de rebeldía, envió á instigación suya y de los principales senadores á su hijo Heraclio y á Nicetas, hijo de Gregoras, su lugarteniente, contra Constantinopla, uno á la cabeza de un ejército y otro con una escuadra. Focas que había castigado muchas veces conjuraciones y hasta sospechas, no tuvo la menor idea de este movimiento, de que no fué informado hasta que vió á la escuadra africana echar el ancla en el Helesponto (610). Entonces apeló á la fuga con su vestido en desorden; pero fué preso y conducido ante Heraclio, quien le echó en cara sus delitos, y solo obtuvo por respuesta estas palabras: «¿Gobernarás tú mejor acaso?» Cortado en pedazos, sus sangrientos restos fueron arrojados á las llamas.

**Heraclio I.**—Recibió entonces Heraclio por el voto general la corona que colgó en su cabeza el patriarca Sergio; y fué el primero de una serie de príncipes que gobernaron el imperio por espacio de cuatro generaciones. Llegado que hubo Nicetas á Constantinopla después de su elevación, se sometió á su amigo, que ya era soberano, y obtuvo su hija en matrimonio. Crispo, de quien desconfiaba Heraclio diciendo «que el hombre que había hecho traición á su suegro no podía de ninguna manera ser un amigo fiel», se vió precisado á encerrarse en un monasterio.

**Guerra de Persia.**—Descendiente Heraclio de

una noble y opulenta familia de la Capadocia, tenía el aspecto magestuoso, un carácter paciente, habilidad en la guerra, y sus súbditos pudieron abrigar la esperanza de que repararía sus males (6). Para conseguirlo era preciso ante todo reprimir á Cosroes, que continuaba esterminando á un pueblo inocente. Una vez que ya no tuvo nada que temer de Narsés, había derrotado á las tropas imperiales, tomado y destruido á Merden, Dara, Amida y Edesa, pasando en seguida el Éufrates, ocupó á Hierápolis, Calcis y Berea, atacó á Antioquia y tomó ó devastó todo lo que se había libertado de los repetidos temblores de tierra y de las sediciones. Trató de la misma manera á Cesarea, taló las deliciosas campiñas de Damasco, y señalando su paso con una larga huella de sangre y fuego llegó á sitiar á Jerusalem (614).

Ya en otra época había sido impulsado Nuschirvan á emprender esta conquista por el intolerante celo de los magos. Tuvo entonces Cosroes para ayudarle en su empresa á veinte y seis mil judíos, entre quienes siempre existía vivo el recuerdo de la patria. Fué tomada por asalto la ciudad de David; devoró el fuego las iglesias construidas por Constantino y por Elena en los lugares consagrados por santos recuerdos. Las ofrendas acumuladas de largos años por la piedad de los fieles de todos los países, fueron entregadas al pillaje, y noventa mil cristianos fueron torturados de una manera atroz por los judíos. Cargados los vencedores de un inmenso botín, enviaron á Persia al patriarca Zacarias con el madero de la cruz.

Los fieles que pudieron escapar de aquella manzana encontraron en Egipto una caritativa acogida, principalmente por parte del arzobispo de Alejandría Juan el Limosnero; pero aún allí no les dejó Cosroes en descanso. Esta provincia, que después de tanto tiempo no había tenido que temer á enemigos extranjeros, fué invadida por el nuevo Cambises, quien se extendió desde el mar hasta la Etiopía; después siguió la costa africana, donde si no pudo apoderarse de Cartago, destruyó enteramente la colonia griega de Cirene que había sobrevivido á la madre patria (7), volviendo en fin triunfante á través de los desiertos de la Libia.

Entretanto, su general Saes al frente de otra columna, se adelantaba hacia el Bósforo de Tracia, sometía la ribera del Ponto, Ancira y Rodas, se apoderaba de Calcedonia (616); y por espacio de diez años el estandarte en que se ostentaba el mandil del herrero, tremoló en frente de Constantinopla. Orgulloso el persa con haber sometido todo el imperio de Ciro, llevó el culto del fuego y de los dos principios, en países acostumbrados á la

(6) Son referidas sus expediciones por Jorge de Pisidia, festigo ocular. *Carmina in honorem Heraclii.*

(7) A esta expedición es á la que se refieren los relatos y acciones de Sinesio, de quien hemos hablado en el t. III, pág. 567.

religion y á las costumbres de la Europa, haciendo alarde de un poder sin medida; castigóse el descontento político ó religioso de las nuevas provincias con una vara de hierro.

Tal vez Cosroes no tomaba parte en estas guerras, ó se retiraba de tiempo en tiempo á gozar del fruto de sus victorias á Destagarda, ciudad allende el Tigris, á sesenta millas al Norte de Ctesifonte. Deliciosas aves y terribles fieras alternaban en el *paraiso* de su palacio. Servían al fausto y á las comodidades de su corte novecientos sesenta elefantes, doce mil camellos, ocho mil dromedarios y seis mil caballos y mulas; seis mil guerreros permanecían de guardia; doce mil mujeres esclavas y tres mil doncellas libres, la flor del Asia, estaban empleadas en diferentes servicios. Treinta mil ricas alfombras, cuarenta mil columnas de plata, mil globos de oro suspendidos de una cupula, y que imitaban los movimientos celestes, una enorme cantidad de tejidos de oro y de plata, sedas, pedrerías, aromas, encerrados en cien subterráneos, no existieron tal vez jamás sino en la imaginación oriental; pero al menos indican la escésiva magnificencia de aquella corte.

Tal era aquel ante el cual parecía deber hundirse el imperio de Oriente, como menos capaz de resistir á tanta furia por hallarse estrechado de cerca por los ávares. Su kakan, cada vez más envaletonado, intentó por último, mientras se festejaba la concertada paz, sorprender al emperador en el hipódromo de Constantinopla (620), y saqueó los arrabales, llevándose infinitas riquezas y doscientos sesenta mil prisioneros.

Desesperando ya Heraclio de conservar el imperio, pensaba en retirarse á Cartago, pero la religion volvió á reanimar su patriotismo; y el patriarca le hizo jurar en el altar de Santa Sofía vivir y morir con su pueblo. Trasládose Heraclio á la playa de Calcedonia, donde los persas se encontraban acampados; y envió embajadores á Cosroes para que exhortasen, puesto que ya no existía el homicida de Mauricio, á que diera la paz al mundo y economizara la sangre de tantos inocentes. ¿Pero cuál fué la respuesta de Cosroes? «Ninguna armonía entre el emperador romano y yo, mientras que él y los suyos no hayan renunciado á su Dios crucificado, y adorado el sol, gran dios de la Persia.»

El general Saes, que habia llevado la embajada, fué desollado vivo, y los embajadores quedaron prisioneros. Pero cuando una esperiencia de seis años convenció á Cosroes de que no conseguiría tomar á Constantinopla, aceptó un tributo anual de 1,000 talentos de oro, otros tantos de plata, mil vestidos de seda, mil caballos y otras tantas doncellas.

No se resignó Heraclio á este vergonzoso tratado sino para ganar tiempo y preparar los medios de resistencia. Tal vez habia sido detenido hasta entonces por los placeres del palacio proporcionados por los cortesanos que no creían conveniente que un emperador comprometiese con presentarse su

misteriosa magestad; tal vez contribuyeran también á ello los encantos de su sobrina Martina, con quien habia contraído matrimonio; union incestuosa, á la que atribuyen los historiadores contemporáneos los desastres de la época. La verdad es que de repente se mostró un héroe. Los vasos preciosos ofrecidos por el clero le ayudaron á llenar el agotado tesoro; y dejando entonces al patriarca Sergio y al patricio Bono el cuidado de velar por Constantino, su hijo de corta edad, con la dirección de los negocios, desechó los borceguies de púrpura, para calzarse los negros, y marchó contra los persas.

Sin ocuparse, como en otra época aconteció á Escipion, de los enemigos que amenazaban á la capital y oprimían á las provincias que la circunvalaban, desembarcó con los bárbaros que en gran número habia tomado á sueldo (622), en los confines de la Siria y de la Cilicia, recogió las guarniciones diseminadas por todas partes, restableció la subordinación, desplegó el estandarte de Cristo, como si fuera una guerra de religion, y exhortó á las poblaciones á que reedificasen los profanados altares. Siguiendo su ejemplo no habia fatiga á que se negaran sus tropas ni rigurosa disciplina que les pareciera supérflua. Condújolas, en fin, el emperador á la victoria cerca de Iso, y tan pronto como hubo establecido con seguridad sus cuarteles de invierno en las orillas del Halis, volvió á Constantinopla para apaciguar á los inquietos ávares.

Abandonando de nuevo esta ciudad, se embarcó con cinco mil hombres para Trebisonda (623), desde donde hizo aún nuevas proposiciones de paz, que también fueron desechadas. Entró entonces en el mismo territorio de la Persia, tomó y demolió varias ciudades, y vió á Cosroes retirarse ante él con cuarenta mil guerreros elegidos, abandonándole Gazaco (*Tauride*), como también los inmensos tesoros encerrados en la plaza.

Solo el invierno le detuvo; obligándole á retirarse á lo largo del mar Caspio y la Albania, por haberle parecido encontrar una orden que se lo prevenía en un pasaje de los Evangelios, cuyo libro habia abierto al acaso. Por todas partes, y en todo el tiempo que duró su expedición, fueron derribados los altares del fuego y los templos del sol. Ormia, que pasaba por ser la patria de Zoroastro, fué también devastada en represalias del saqueo de Jerusalem. Pero Heraclio dió gran prueba de humanidad y religion, enviando sin rescate cincuenta mil prisioneros que no podían resistir el frío del invierno.

Al asomar la primavera entró (624) en la Media y en el Irak, avanzando hasta Ispahan, donde ningún romano habia penetrado antes que él. Asustado Cosroes, reunió sus fuerzas, hasta las del Egipto y las del Helesponto (625). Inspiraban espanto estos inmensos preparativos á los que rodeaban á Heraclio; pero éste, uniendo la tranquilidad del héroe á la confianza del cristiano, dijo: «Nada temais del número de los enemigos. Con la ayuda de Dios, un romano puede vencer á mil bárbaros.

Si perdemos la vida por salvar á nuestros hermanos, Dios y la posteridad nos reservan una inmortal corona.»

Los hechos correspondieron á las palabras. No tan solo rechazó al enemigo, sino que le encerró en las plazas fuertes de la Media y de la Asiria. Dirigiase ya sobre la capital de los persas (626), cuando Cosroes resolvió imitarle aniquilando con nuevas reclutas de hombres, países que se encontraban reducidos al último apuro en virtud de una prolongada guerra, y puso en pie tres cuerpos de ejército. El de las lanzas de oro fué dirigido contra Heraclio; destinóse otro á interceptar todos los socorros que pudiera recibir, y el tercero fué enviado á las órdenes de Sarban contra Constantinopla. Al mismo tiempo que esto se verificaba, el kakan de los ávares asolaba la Tracia por instigación de él; y forzando la larga muralla con ochenta mil gépidos, rusos, búlgaros y eslavos (26 de junio), embestia á Constantinopla y multiplicaba los asaltos sin querer escuchar ninguna proposición. Parecieron reanimados el Senado y el pueblo con el ejemplo de Heraclio, poniendo por obra para la defensa de la ciudad todo lo que el arte, la desesperación, el patriotismo y la piedad pueden sugerir. Tuvo en fin, que tocar retirada el orgulloso kakan, y los libertados ciudadanos atribuyeron á Maria la gloria de aquella defensa verdaderamente prodigiosa.

Tranquilizó esta noticia á Heraclio, quien habia además contraído alianza con los turcos del Volga. Cuarenta mil ginetes de la tribu de los kazares llegaron al campo romano conducidos por el kan Ziebel; Heraclio, agradecido de su homenaje, le llamó hijo, le colocó su propia diadema en la cabeza, añadiendo á esto ricos presentes y la promesa de darle la mano de su hija. A la vista de aquellas nuevas fuerzas emprendieron los persas con precipitación la retirada. Entretanto cayó en manos de Sarban, que se encontraba aun en Calcedonia, una carta (verdadera ó fingida por los enemigos) en la que Cosroes, en castigo de su lentitud mandaba á su lugarteniente que le diese muerte, y que condujese de nuevo el ejército á Persia. Sustituyó Sarban á su nombre el de muchos de los principales oficiales; y poniendo después á su vista la ingratitude del rey y el peligro que les amenazaba, les incitó á sublevarse.

Haciase, por lo tanto, cada vez más peligrosa la situación de Cosroes, no obstante haber proclamado la guerra nacional, y de que sus súbditos se levantasen á millares para rechazar la invasión de los romanos. Tuvo lugar cerca de Ninive una sangrienta batalla (627); Heraclio, que combatió en ella como un héroe, dió muerte con su propia mano á tres generales enemigos y alcanzó la victoria; en seguida, sin tomar reposo, atravesó el Zab, é hizo ondular en la Asiria las banderas romanas, como en tiempo de Trajano; dueño de Destagarda, encontró en esta capital tesoros que excedían á sus esperanzas y hasta á su codicia. Templos, pa-

lacios, edificios, todo fué reducido á cenizas. Las banderas ganadas por el enemigo habian sido recobradas, lo mismo que los prisioneros. La facilidad de la victoria alentaba á llegar hasta Ctesifonte, pero lo impidió el invierno.

No nos ayudan en nada los historiadores para ver con claridad los motivos que despertaron en Heraclio un nuevo valor y una instantánea cobardía en Cosroes, quien, olvidando su dignidad en el último apuro, en lugar de atender á la defensa de la capital, se ponía en salvo con su esposa Sira y tres de sus concubinas para refugiarse en Ctesifonte, de donde la superstición y el odio le habian siempre alejado. Una vez que hubo visto á Heraclio emprender de nuevo el camino de sus Estados, volvió en medio de las humeantes ruinas de sus palacios, que daban tan cruel mentís á sus orgullosas amenazas. Agobiado por tantos desastres y hallándose enfermo, resolvió abdicar en favor de Merdezas, su hijo predilecto; pero Siroe (Shiruyeh Cobad), el mayor de ellos, urdió una trama para asegurarse la sucesión al trono; prometiendo aumento de paga á los soldados, tolerancia á los cristianos, libertad á los prisioneros y á la nación la paz y una reducción de los impuestos, llegando por este medio á conseguir que abrazasen su partido veinte y dos sátrapas, que le proclamaron rey (628). Fué encerrado Cosroes en un calabozo, en donde le ultrajaba el pueblo. «¿Cómo encuentran, le gritaban, el cáliz que has hecho apurar á naciones enteras? No es extraño que hayas descendido desde el trono á una prisión, tú que has llenado las cárceles cuando ocupabas el solio.» Dióse á su vista muerte á veinte y ocho de sus hijos, sucumbiendo después el mismo en medio de los mayores insultos.

Cuando aún se hallaba en el apogeo de su poder, le escribió un árabe desconocido desde la Meca, invitándole á reconocer por apóstol de Dios á Mahoma, que comenzaba entonces su predicación. Rompió el orgulloso shah la carta, diciendo el profeta cuando lo supo: «Así despedazará Dios el reinado de Cosroes, y desechará sus invocaciones.»

Fuó exacta la predicción, puesto que con él se estinguió la gloria de los Sasánidas. Largo tiempo hacia que era agitada la Persia por una multitud de competidores que disputaban el trono á Siroe, cuando éste fué muerto á su vez después de un reinado de nueve meses (629), sucediéndole su hijo Adeser, que fué destronado y muerto siete meses después, alternando una serie de tiranuelos hasta Isdegerdes III (632), último rey de la raza de Artajerjes, que habiendo perdido su vigor, preparaba un triunfo fácil á los califas.

Heraclio, á quien la caída de Cosroes habia llenado de gozo, recibió de los embajadores de Siroe las seguridades de una sincera amistad y el ofrecimiento de una paz duradera; é hizo que le restituyeran trescientas banderas, los prisioneros, el madero de la cruz y las provincias quitadas al im-

perio por Cosroes. Una de las más desastrosas guerras tuvo, pues, por conclusion dejar en su antiguo estado el territorio de ambos imperios.

Heraclio volvió a disfrutar a Constantinopla de un triunfo nacional y religioso; tantas hazañas le habían hecho acreedor a los cantos en medio de los cuales fué recibido por el clero, a las aclamaciones del pueblo y a los ramos de olivo que se echaban a su tránsito por las calles. Al año siguiente se dirigió a Jerusalem para restituir allí personalmente el madero santificado, cuya vuelta a los santos lugares hizo que se instituyera la fiesta de la Exaltación de la Cruz.

¡Pero cuánto había costado aquel triunfo! Doscientos mil guerreros habían perdido la vida; es-

ta diezmada la población; se habían arruinado la agricultura y la industria; hallábase exhausto el tesoro, porque una parte de las riquezas de los persas había sido distribuida a los soldados, la otra se había invertido en los gastos de la guerra, lo demás había perecido en la travesía; y no era posible recaudar impuestos sin reducir al último apuro a las provincias, empobrecidas por las exacciones de los persas. Es verdad que Heraclio había libertado al imperio del enemigo más formidable, pero en un rincón de la Arabia nació otro que debía hacerle una guerra más sistemática, acabando después de nueve siglos, por abatirle y por enarbolar la media luna en la cúpula de Santa Sofía.

## CAPÍTULO VI

### LOS BÁRBAROS EN ITALIA.—TEODORICO.

Los pueblos del Norte, a quienes ya no contiene el terror de las armas romanas, y deseosos de botín, de hazañas guerreras y de una patria más afortunada, caen sobre la enervada Italia, la saquean, conquistan y abandonan sus provincias, hasta el momento en que algunos de ellos se fijan en ella.

En los alrededores de Viena y a orillas del Danubio habitaba un solitario, llamado Severino, respetado por las gentes del país por su santidad y visitado por personajes ilustres. Lo distinguido de sus maneras y la pureza con que hablaba el latín hacían suponer en él un noble nacimiento; no obstante que ocultaba su condición, respondiendo a los que deseaban saberla: «Es tan precaria y tan poca cosa nuestra existencia aquí abajo, que debemos fijar todos nuestros pensamientos en aquella que nos aguarda en la eternidad. Cuídemos, pues, de precavernos a tan poca costa, de caer en la tentación de la vanidad, que por ridicula que sea puede ocasionar peligro.»

Después de haberse estado perfeccionando entre los ermitaños del Oriente, encaminóse a la Alta Panonia, como era la voluntad de Dios, que quería ofrecerle a la edificación de pueblos que no poseyendo más sentimientos que el de la fuerza, acababan de destruir la antigua civilización. Convirtió allí a muchos, suavizó su furia, se hizo amparo de los fieles y consuelo de los afligidos.

Odoacro.—Cruzando aquellas comarcas llenas con la fama de Severino, Odoacro, caudillo de aquellas bandas de aventureros extranjeros, a que los débiles sucesores de Constantino confiaban el cuidado de defender el Estado, ora por falta de valor entre los nacionales, ora por recelosa desconfianza, quiso ver a aquel santo hombre. Dirigióse, pues, modestamente vestido a la celda del ermitaño, cuyo humilde techo era tan bajo que para penetrar allí tuvo que inclinarse. Después de

haber platicado en su compañía sobre el espíritu, Severino le saludó como a jefe de la nación, diciéndole: «Tu vas a Italia vestido con un toscó sayo; pero dentro de poco serás árbitro de las más altas fortunas (1).»

Con este presagio y ayudado por su valor se presentó Odoacro en Italia a tentar la suerte de las armas; ó más bien no hizo otra cosa que volver contra los emperadores las fuerzas que habían pagado para su defensa, y no se necesitó más para destruir el trono y el título de los césares. Por lo demás nada fué mudado, porque hacia algún tiempo que el país estaba abandonado al gobierno de los bárbaros. Continuó congregándose el Senado: fueron nombrados los cónsules con arreglo a la antigua costumbre, y ningún magistrado imperial ó municipal quedó destituido: el prefecto del pretorio no cesó de administrar la Italia con sus subordinados ni de percibir allí los impuestos. Hubiérase podido no ver en Odoacro más que uno de aquellos numerosos extranjeros que anteriormente habían ocupado el trono de Roma, salvo que no tomó el título de emperador, ni el de rey siquiera (2). No aspiró a ninguna supremacía sobre los demás reinos. Hasta solicitó el título de patricio de Italia del emperador Zenon, quien, como a un usurpador, se lo negó arrogantemente.

(1) BOLLANDISTAS, *Ad 8 jan.*—EUGIPIUS, *Vita sancti Severini* en PEL, *Script. rerum austriacarum*, t. I.

(2) Llámale los historiadores rey de los hérulos, quizá porque los guerreros de esta nación se contaban en mayor número, que los demás en sus bandas. JORNANDES, *De rebus geticis*, cap. 37 y la *Hist. misc.* XV, pág. 101, le califica de rey de los rugios y de los turcilingios. En el gabinete de Viena hay medallas suyas, con la inscripción de FL. ODOVAC.